

## 7. Conclusión : ¿el futuro ?

Al término de nuestro trabajo quisiéramos recapitular sobre algunas de las principales características de la trashumancia pirenaica, haciendo varias consideraciones sobre las perspectivas de esta actividad. A nuestro entender, hay tres puntos que sintetizarían las cuestiones abordadas. El primero es la amplitud del fenómeno, pues, a pesar de una opinión generalizada sobre el fin de la trashumancia - no hace mucho un reportaje en un periódico hablaba del «último trashumante catalán», en referencia a un pastor que se había jubilado - y de que es una práctica muy limitada, los datos corroboran la existencia de una importante cabaña ganadera que trashuma hacia o desde los Pirineos. Por lo tanto, no es una forma de explotación perteneciente al «pasado», aunque históricamente fuese más importante, sino actual, adoptada por muchas explotaciones. El segundo punto destacable es que resulta difícil una generalización del fenómeno de la trashumancia en todo el Pirineo catalán, dado que existen notables diferencias en cuanto al volumen del ganado que se desplaza, a su origen, al medio de transporte utilizado, e incluso al tipo y composición. El tercer punto que nos interesa resaltar es que, pese a su mantenimiento, las direcciones de la trashumancia parecen limitarse a desplazamientos más reducidos, con un aprovechamiento mayoritariamente altitudinal de los recursos forrajeros o reducido a unas áreas próximas.

El conjunto de las estadísticas presentadas no ocultan los múltiples problemas de la trashumancia. La desestructuración, en algunos casos, o el cambio de orientación económica, en otros, han dado a la trashumancia cierto carácter marginal, sobre todo en algunas zonas, respecto a la forma de vida y orientación económica de la mayoría de la población de la nuestra sociedad actual; de ahí que a lo largo de este trabajo se resalte su dimensión crítica. Paradójicamente, cuando los protagonistas de la trashumancia tienen mayor consciencia de las dificultades de su futuro, a veces más por motivos sociológicos que económicos, sobre todo por la falta de sucesor en la explotación familiar, los rectores de las políticas agroganaderas parecen apostar por su mantenimiento y recuperación. Curiosamente, si hace unos años se subvencionaba el cierre de explotaciones de vacuno de leche - que habían crecido considerablemente a partir de los años cincuenta y sesenta bajo el estímulo del mercado -, ahora se subvenciona el mantenimiento del ovino que, al contrario, había disminuido bajo la presión del propio mercado.

La situación actual encierra aún más paradojas. Por una parte, después de que las inversiones dirigidas a intensificar la productividad mediante el monocultivo y la mecanización han favorecido la degradación del medio ambiente, ahora se dedican presupuestos a una gestión basada en su conservación y en la recuperación de especies de cultivo y de animales que ya han desaparecido o están a punto de desaparecer. De la misma forma, después de haber estimulado durante varias décadas la emigración del campo a la ciudad, ahora se predica la necesidad de mantener la población campesino - ganadera en su propio medio para evitar una degradación todavía mayor del medio rural. Nuestra situación presente parece caracterizarse, pues, por una cierta conciencia de que el equilibrio ecológico - tecnológico - demográfico - económico - social es relativamente precario. Y una última paradoja: uno de los fenómenos sociales que ha contribuido a desarrollar esta conciencia ha sido el turismo que, en buena medida, es uno de los causantes de la degradación ambiental tanto por las construcciones e infraestructuras que ha necesitado como por el abandono profesional que ha provocado entre la población rural de la montaña, que ve en sus empleos una mejor remuneración y un mayor reconocimiento social.

Cada verano, pero muy especialmente este último de 1994, los incendios forestales avivan nuestra conciencia ecológica. Entre otras causas que se ofrecen para explicar su proliferación, independientemente de las sequías - siempre las ha habido y muy pertinaces -, y de los pirómanos - también los ha habido siempre y, a veces, muy interesados -, ha de destacarse la degradación del propio bosque. Pues bien, esta degradación se explica en gran parte por la menor importancia del pastoreo y por la disminución de la gestión comunal del bosque y de sus recursos. Los incendios son sólo una de las manifestaciones de este proceso, tal vez la más dramática y llamativa e inmediatamente recogida por los medios de comunicación, pero nos sirven para llamar la atención sobre un aspecto cada vez más importante: los costes indirectos. En efecto, el coste de los incendios (prevención, extinción, repoblación, pérdidas materiales, etc.), considerablemente alto, no se hace repercutir en el precio de los productos que, por ejemplo, genera la actividad silvo-pastoril de montaña (carne, leche, lana, madera, etc.), sino que se sufraga a través de los impuestos (vía Presupuestos Generales). En este sentido, las subvenciones o las ayudas específicas no sólo resultan imprescindibles para el mantenimiento de la trashumancia, sino que deberían estar orientadas a disminuir los costos indirectos de la degradación ambiental, de la desertización, de la despoblación y del paro. Si se pretende que las poblaciones rurales dedicadas a las actividades agroganaderas, además de desarrollar estas actividades, se constituyan en «gestores del medio ambiente» para evitar los referidos costos económicos indirectos, habrá que «pagarles» por ello, ya sea repercutiendo estos costos en el precio de sus productos o mediante el «pago», que no «ayuda», de su actividad como «gestores».

Ahora bien, ¿resulta suficiente, para evitar esa degradación, una retribución y/o unos precios realmente remuneradores de los productos y/o actividades de las explotaciones pirenaicas? Cuanto menos, es dudoso. Ya hemos dicho que la emigración y el cierre de las explotaciones de montaña no son debidas exclusivamente a razones de tipo económico, sino a otras de índole sociológico, como la atracción que ejercen otras ocupaciones más reconocidas socialmente, la amenaza de la soltería que pesa sobre los jóvenes que permanecen en sus explotaciones, la falta de sucesión para las mismas o el temor a no ser rápidamente hospitalizado en caso de enfermedad. A veces, resultan más determinantes en la decisión de cerrar las explotaciones que unos precios escasamente remuneradores.

Así pues, el futuro de la trashumancia es el mismo que el de las explotaciones ganaderas de montaña y el futuro de estas explotaciones cabe considerarlo más en términos socioculturales que en términos exclusivamente económicos, en la medida en que los «términos económicos» se reduzcan a considerar la capacidad de estas explotaciones para invertir capital constantemente. Sin embargo, mientras las reglas de la economía de mercado estén separadas de los «costos indirectos», pero reales, que esta misma economía genera, difícilmente podrán concebirse soluciones ni para determinadas regiones ni para las personas que las habitan.

Aunque el futuro de la trashumancia no parezca tan negro como unos años atrás, su continuidad parece inviable sin actuaciones públicas de apoyo a la misma (conservación de caminos, infraestructuras, sanidad animal, mejora de las zonas de pastos, subvenciones, etc.). Una política decidida en este sentido, como acabamos de decir, no sólo tiene aplicaciones positivas para el mantenimiento de formas de explotación adaptadas al medio y con muchas posibilidades de futuro, sino que sobre todo tiene efectos satisfactorios frente a los problemas de la despoblación y la degradación del medio. El importante desarrollo turístico experimentado en muchas zonas del Pirineo catalán - hasta ahora la fórmula que se ha mostrado más eficaz para el desarrollo económico de esa zona - no puede hacerse de una forma equilibrada si no es manteniendo otras actividades económicas que, como la ganadería, puedan aprovechar armónicamente sus recursos. No se trata de salvar nada, ni tan sólo de mantener artificialmente ciertas actividades: se trata de conseguir un desarrollo económico equilibrado. La trashumancia, en este sentido, continúa siendo una forma eficiente de explotación de los recursos, aunque para asegurarlo resulta necesario mejorar sus condiciones de productividad, su infraestructura y sus problemas humanos.